



*Escrito en "Influencia
Andes y meditaciones"*

JUEGO LIMPIO

EN un artículo sobre el abismo social entre Inglaterra y Alemania, publicado en *The Nineteenth Review*, y de que hemos visto un extracto en la revista española *La Lectura*, después de hablar su autor, sir Carlos Waldstein — un inglés de apellido alemán — de la diferencia entre las respectivas educaciones alemana é inglesa, de la influencia en esta segunda de los juegos y deportes y de lo esencial que es en ella jugar limpio, gánese ó no se gane — pues el juego es un fin en sí y no medio para ganar y su finalidad moral es jugar limpio —, dice esto:

«Este sentimiento de *juego limpio* no puede ser adquirido por un acto intelectual consciente de volición, adoptándolo como una fórmula para dirigir la conducta humana. Además, el principal efecto sobre la conducta y su modificación esencial del carácter, para que puedan convertirse en lo que los antiguos griegos llamaron un *ethos*, un hábito, depende del hecho de que estos juegos y sus leyes implícitas de juego limpio deben ser espontáneamente desenvueltos y establecidos en perfecta libertad por los jugadores mismos. Toda interferencia desde fuera, toda violencia en su libre desenvolvimiento y práctica tiene que contrariar su efecto moral. Se robaría así al juego su espontaneidad, se eliminaría el sentimiento del honor en los choques, se suprimiría la libertad y el *self-government* de la comunidad de los gobernantes. Esto no lo han comprendido nunca los alemanes. La gimnasia hecha bajo la dirección de un maestro, los juegos establecidos por una ley ó por edictos imperiales y sistematizados según principios higiénicos y militaristas para servir á fines militares ó burocráticos tienen que contrarrestar los efectos eminentemente morales en la producción del carácter que hacen de los juegos ingleses uno de los grandes pilares de la nacionalidad. Ahora mismo, cuando los alemanes han querido imitar, después de haberlos censurado como muestra de frivolidad, los juegos y deportes del ejército inglés del frente, no han sabido sino elaborar un esquema oficial de juegos y ejercicios gimnásticos, con carácter obligatorio, bajo la dirección de los oficiales y con un sabio sistema de premios y castigos. La libertad y la espontaneidad se habrán evaporado en esos juegos.»

Lo que me recuerda esa triste deterioración de los juegos, de origen sobre todo germánico, que consiste en pedagogizarlos. En cuanto se convierte un juego en juego pedagógico, en medio de enseñanza de algo, pierde su valor intrínseco, su valor como juego y pierde, á la vez, por añadidura, su eficacia educativa. Y no digo su eficacia pedagógica porque no he conocido nada tan dañoso á la verdadera educación, á la educación humana, á la humanización, que eso que llaman pedagogía.

El juego, en efecto, el verdadero juego, el juego libre y espon-

Desde que esa hórrida pedantería que llaman pedagogía se metió en lo de los juegos, éstos corren riesgo de envilecerse. Y menos mal que los niños se saben defender. En cuanto veo una de esas cajas de algún juego instructivo me echo á temblar. Quiero decir uno de esos juegos para aprender, v. gr., geografía jugando, lo que se reduce á jugar á aprender geografía y se estropea la enseñanza de ella y el juego. Hay que hacerle entender al niño que el aprendizaje de cualquier ciencia ó arte es algo serio y hasta doloroso y no un juego, y después dejarle jugar. Y tiene razón Sir Carlos Waldstein al condenar esos juegos según principios higiénicos ó militaristas para servir á fines militares y burocráticos.

En mis mocedades adquirí la pasión de las ascensiones á las cumbres de las montañas de mi nativo país vasco, á las excursiones por valles y cimas, y aun no he perdido el gusto. Pero nuestro excursionismo era un *juego* libre. Ni siquiera formamos sociedad alguna excursionista ó alpinista con su junta directiva y su reglamento. No había allí nada de burocrático. Y luego he visto á mis hijos aburrirse muy pronto de eso de los exploradores ó *boy-scouts* y del *escultismo* — que así le llaman no sé por qué, y acaso menos mal *escuchismo*. Lo que no es sino la segunda edición de aquellos batallones infantiles de hace unos años, que fracasaron á su vez como no podían menos.

En mis mocedades me dediqué mucho al alpinismo, y siendo más niño, en plena guerra civil carlista, el juego favorito entre nosotros, los niños de entonces, era jugar á las partidas y á la guerra. Durante el bombardeo de Bilbao bombardeamos, en Bilbao mismo, una tienda, hallándose algunos dentro de ella, con el casaca de unos escombros amontonados en la calle. Pero no nos dirigía ningún profesional adulto que hubiese estudiado poliortética.

Lo de los *boys-scouts* tiene que fracasar como fracasó lo de los batallones infantiles, y es porque no ha habido el valor de imponerle como una preparación obligatoria para la milicia, y se ha querido hacer de ello un juego. Y un juego medianero, un juego pedagógico, un juego que no es un fin en sí, sino una preparación. Y los chicos que tienen espíritu libre, que se sientan ya hombres, futuros ciudadanos, hombres civiles y libres, se hartan pronto del uniforme y del palo y de la fila y del tambor y de los saludos y de

táneo debe ser un fin en sí y no un medio para otra cosa. Se juega para jugar, para divertirse, para explayar la personalidad, para darla juego; se juega, en fin, para vivir. Y todo lo demás que del juego se saca es algo que se le da al jugador por añadidura como los bienes que Dios promete al que busca su reino y su justicia. Y un juego pedagogizado es un juego convertido en medio para otra cosa. Juego del cual se hastian al punto los niños y le cogen aborrecimiento. Y con razón sobrada. Porque da pena verlos tener que jugar á esos juegos prescritos y dirigidos por el pedagogo — que no maestro — y ejecutados conforme á las reglas de un manualetе cualquiera.

Tuve la fortuna de tener por maestro de primeras letras á un maestro, á un verdadero maestro, y no á un pedagogo, á quien no recuerdo haberle oído nunca pronunciar la palabra pedagogía. Y aquel maestro nos dejaba jugar, en el campo los días bonancibles y en la escuela los de lluvia, á los juegos nuestros, á los que nosotros mismos habíamos recibido de tradición infantil, alguno de los cuales he oído después declarar á graves y sabios pedagogos que son antipedagógicos. ¡Pero es que hay juego más juego, más noble, más libre, más vital y hasta más educativo que armar entre dos una cachetina ó morraque, haciendo los otros corro y velando porque se juegue limpio, ó armar entre varios una pedrea?

Y una pedrea era un juego noble porque el fin no era ganarla precisamente, sino jugarla bien, limpiamente. Y lo mismo la cachetina. Como que lo más educador de la cachetina era aprender á someterse, á ser vencido. Al que caía debajo del otro no le era lícito emprender con él á mordiscos ó á arañazos, y si lo intentaba intervenían los del corro. Y si se le hubiera ocurrido decir para justificar sus mordiscos: «es que tengo que defenderme!», los del corro le habrían dicho: «pues ríndete!» No había derecho á defenderse de ciertas maneras. Es decir, no á defenderse, sino á querer sobreponerse. Y es que aquellas nuestras nobles y educadoras cachetinas eran un fin en sí y no un medio para otra cosa. Y por eso eran morales, y por eso no eran pedagógicas.

Jugar es vivir, y se vive para vivir, para más vivir, para acrecentar y enriquecer y prolongar y, si fuere posible, eternizar la vida misma. Y el fin moral de la vida es vivirla bien en todos y en cada uno de sus momentos, como el fin moral del juego es jugar limpio. Y el fin moral del trabajo es trabajar bien y no el salario, que no es más que su fin económico. Por lo cual ni para enriquecerse y enriquecer á la patria ó á la familia es lícito trabajar como trabajan las máquinas organizadas. Lo que da la razón á los pueblos que se defienden de la inmigración china, v. gr., y si se les habla de libre competencia pueden responder: «es que no debemos hacernos chinos para el trabajo». Y hay más chinos que los chinos

las jerarquías y de los hurras y de todas esas cosas que no son exploración ni cosa que lo valga. Y ello acabará como acabaron aquellos caricaturescos batallones infantiles, que no servían sino para alimentar la vanidad de algunos niños y la mucho mayor de los bobalicones de sus padres. ¡Pues que no iba poco satisfecho, creyéndose algo, el pobre chiquillo que hacía de coronel! Lo que menos sospechaba es que el menos libre de todos allí era él. En un juego libre, espontáneo, en un verdadero juego, en una pedrea armada por los chiquillos mismos, es lo más probable que á aquel pobre muñeco que exhibía el uniforme de coronel de juguete pagado por la ridícula vanidad del mentecato de su padre, le hubieran dejado de lado sus compañeros tomando, en cambio, como caudillo á otro cualquiera, á uno que ni figuraría en el batallón infantil.

Sir Carlos Waldstein se pronuncia luego contra el profesionalismo en el juego, contra los profesionales de los deportes por espíritu mercenario. Y dice: «Que no haya profesionales del ocio y del juego y aficionados del trabajo. El deportista así concebido es un parásito social. El ideal del *gentleman*, por el contrario, es el aficionado en el juego y el profesional en el trabajo.» Y se da el caso de que un profesional del juego de la pelota, un pelotari ó pelotaire, acaba por convertirse en una especie de rulota humana. Que es á lo menos á que puede descender un hombre.

Si da pena ver qué poco juegan nuestros niños, da más pena verlos alguna vez jugar juegos pedagógicos. Es triste cosa ver á nuestros estudiantes pasarse las tardes de los domingos en el café ó en la taberna ó en el cine, aun haciendo buen tiempo; pero sería más triste verlos disciplinados, es decir, disciplinados no, sino organizados ó reclutados en un juego preparatorio para otra cosa. Que aprendan á hacerse hombres y no que soporten el que les hagan piñones de las ruedas del engranaje social de la máquina del Estado, y para hacerse hombres que juegan juego verdadero, juego que sea fin en sí, gánese ó no se gane, y hasta que se eduquen á perder cuando vean mal dadas, pero siempre jugando limpio. Y, sobre todo, que no ensucien el juego de nuestros hijos con saborra de pedagogía ni de táctica.

Miguel de Unamuno

[Nuevo Mundo, Madrid, 16-II-1917]